

El “socialicidio” de la ética.

Con todo lo que ocurre en Chile, en nuestras autoridades, organizaciones y empresariado. Con todo lo que sufre el estudiante, el pensionado, el viejo, el minusválido o el discriminado. Con todo lo que brinda el sentido de satisfacción de la propaganda consumista y la oprobiosa y descarnada delincuencia llenando de temor a la población, es posible afirmar que estamos en un proceso de “socialicidio” de la ética en nuestro país.

La irrupción de las redes sociales dejó al descubierto numerosas situaciones que antes eran incuestionables. La imposición de valores cristianos, el respeto de la palabra del padre de familia, la calidad de maestro de los profesores y la asimilación de rol de líder garante de la moral de las jefaturas, ha llevado a un revés que nadie estaba preparado para enfrentar.

Cada vez más son los que se declaran ateo (sin duda es la moda) sin razonar en ello. Los conceptos en el trabajo, estudio, en la vecindad y en la familia se restringen al “yo puedo solo”. Un enorme error en la vida ciudadana cuando la ética, que es “construir hogar” se debe realizar en base a tres conceptos: ser su propio hogar, que la sociedad sea un hogar y que cada uno seamos un hogar para los demás.

Todo se basa en la solidaridad, principios que son más básicos que la vinculación a tal o cual filosofía o creencia. Es lo que nace del ethos, del fondo de nuestra alma.

En nuestro país nos estamos acostumbrando a ningunear al contrario, al vecino, al policía, al trabajador, al chofer, y los ninguneados hacen lo propio con su entorno y la condición de buen vivir termina desplazada, arrinconada. Paso a paso se va eliminando, pues el criterio de la subsistencia dejó lugar a la simple existencia. Si se busca la razón de estar vivos se oirán numerosas afirmaciones, muy pocas reflexivas. Se privilegiará la felicidad (propia), la riqueza, la salud y todo pasa a ser de uno y para uno. Por ello se mira en menos al que quiere cambios serios, al migrante, al que habla de conciencia o de bondad. Nuestros actos van matando la ética y pronto nuestros hijos y nietos, inmersos en esta nueva forma de vida, no entenderán su presente y no respetarán su historia, pues la desconocerán.